

ACTUALIDADES

ADMINISTRACIÓN:

7.ª Avenida Este, 42 - Apartado 638

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Serie de 10 números: ₡ 1-00, pago adelantado

1917

COLABORADORES:

CARMEN LIRA - R. FERNÁNDEZ GUARDIA - FABIO BAUDRIT - VÍCTOR GUARDIA Q. - J. ASTUA AGUILAR - R. FIGUEROA - ALEJANDRO ALVARADO Q. - GUILLERMO VARGAS - J. MARCHENA.

Año II - No. 10 BISEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL San José 22 de Enero

DIEZ CÉNTIMOS

Director, FRANCISCO SOLER, Editor

DIEZ CÉNTIMOS

EDITORIAL

EL FONDO DE LA CHARCA

Así como en el fondo de las charcas se reflejan las nubes lejanas de modo incierto y confuso, a través de las manifestaciones hechas por el joven mandatario puede precisarse el deseo mal disimulado de continuar ejerciendo en el Poder que le vino merced a su buena estrella, al despecho de los unos y a la traición de los otros. Ni por un momento opone reparos escrupulosos a la posibilidad de hacerse reelegir, conforme al deseo de unos pocos amigos, tan pocos que no son siquiera todos los miembros del Gabinete. Antes por el contrario, en cada una de las palabras que nos dice, pesadas en sensible balanza, se trasluce la ambición de recoger el fruto de las leyes de recargo tributario conseguidas a costa de tantos sacrificios, de tantas arbitrariedades, de tanta venalidad, de la total corrupción de los hombres que encabezan el partido de las democracias. Mas como vivimos en el tablado de un gírol, el señor González Flores nos ofrece, en una que va y la otra que viene, que entregará el mando a aquel que el pueblo elija, sin advertirnos, eso no, en qué condiciones estarán los ciudadanos el día de presentarse a los comicios, suponiendo acaso que ya se borraron en nuestra imaginación los atropellos del cinco de diciembre en que el campesino libre vistió uniforme de mezclilla, cuando no se le confinó, o cuando no se le flageló con el lomo de los machetes policíacos. Esa promesa quizá sea el embudo que cubre la faz de aquellos que nos acechan en la encrencijada, puntal en mano, fosco el mirar, tembloroso el mentón.

Pero es lo cierto que a pesar de no haber logrado esconder con perfección sus propósitos, cual esos jugadores de pócker que teniendo una pareja de cartas se hacen servir solamente dos y luego échanse a temblar, el dueño absoluto

de nuestros destinos no se atreve a confesar francamente cuáles son sus ambiciones. Lo mismo que un ciclista de circo va y torna en giros sin salir del estrecho círculo que para él constituye la necesidad de colocar en la Presidencia un arstil que no reste fuerzas a la política económica apenas iniciada. Y esta actitud somormuja de hombre que anda sobre la punta de los pies para no ser sorprendido antes de llegar a su fin, se opone a la de don Manuel Castro Quesada quien, en mala hora para él, se presentó ante el Jefe del Partido Republicano con el objeto vivo de comunicarle que los adueñados del mando se niegan a reconocerlo y se disponen, por el contrario, a desconocerlo, para lo cual habíase determinado que el señor González Flores, en vista de la inmensa popularidad que lo rodea, prosiga construyendo la felicidad nacional. Falta saber ahora si don Manuel Castro Quesada ha sido un falso emisario audaz y torpe, cosa que no es creíble, pues tal procedimiento abrazaría proporciones de cinismo tan anchas que no las sostiene un solo hombre por fuerte que sea, o si por ventura, y ello sí que cabe en la construcción moral de los actuales gobernantes, a última hora los «amigos entusiastas por la política económica» del joven mandatario, comprendieran cuán indiscreto era descubrir los pies de la sota con demasiada antelación a la época de las elecciones, y al presente se hallan arrepentidos y acobardados, sin saber qué hacer con el arma de filo doble de que se sirvieron para ver si lograban amedrentar al señor Fernández Alvarado.

Desgraciadamente para ellos el candidato republicano no se asustó, como esperaban, por tan poca cosa, sino que al revés amenazólos con pronunciarse en armas y he aquí que el señor Cas-

tro Quesada, que tenta en su horizonte una brillante posición, se liquidó automáticamente, se concluyó solo como las colillas de los cigarros de oroñis tiradas al suelo.

Pues es el caso que el señor Fernández Alvarado lo verá en adelante no ya como a enemigo abierto y leal; no, lo verá como a un amigo insincero o algo peor, lo verá como a uno de esos compañeros de jornada que aprovechan nuestro sueño a fin de despojarnos de las provisiones que llevamos para el viaje.

Y el señor Fernández Alvarado, al igual que el resto humano, debe entender que «la Biblia manda perdonar al enemigo, pero en lo que toca al capítulo del amigo desleal tuvo muy buen cuidado de hacer silencio».

Por otra parte, el señor Castro Quesada no contaba con un partido armado y ordenado que convirtiera en presente efectivo su fracasado brillante porvenir. Era sencillamente nudo que hubiese podido atar al fernandismo y al gobiernismo; un puente, a lo sumo, por donde habrían pasado los republicanos; su nombre constituía la buena frase de conciliación.

Perdido el ascendiente cerca del señor Fernández Alvarado, sin gran confianza en el Gobierno por diferencias de criterio y de costumbres, el hombre en que convergían los pensamientos de los republicanos se ahogó sin salir de la playa.

Y por su lado al Gobierno se le alteró la brújula, con los acontecimientos que van comentados. En vista de la poca aceptación que tiene a lo que parece la probabilidad de la reelección, el joven mandatario se ha dado a lanzar nombres de amigos suyos a modo de exploración en el espíritu público. El que mejor aparenta disimular su descontento de no permane-

cer en el mando es el doctor don Benjamín Hernández, hombre indiscutiblemente probo para quien una candidatura oficial e impresa determinarí una mácula en su vida llamana a muy altos fines.

Llama poderosamente la atención que el señor González Flores no pusiera los ojos en ninguno de los ministros que han compartido con él las amarguras durante cuatro años y muchas veces asumido responsabilidades que no les cumplían.

Semejante conducta, según el comentario público, entraña una descalificación a sus compañeros de labores, y no falta quien opine que así quiere el mandatario lavarse de los pecados de su administración, atribuyéndolos, tácitamente, a aquellos que no juzga dignos de sucederle.

Acaso las tales conjeturas no sean del todo razonables, puesto que en el fondo de las manifestaciones recientemente lanzadas al público por don Alfredo González, se ve como a través del agua turbia de una charca, el deseo de reelegirse.

Y aunque el conoce sobradamente las aspiraciones de sus ministros, no querrá fomentarlas ni darles cuerpo ya que les son necesarios para imprimir vuelo a la propia ambición.

Aquí donde han fracasado todas las reglas de lealtad, los hombres sólo tienen un amigo, el que ven en los espejos.

Y el señor González Flores ha declarado, en forma bien terminante, que desea hacerse continuar de un amigo «entusiasta por la tributación directa.»

Ni quita ni pone rey, pero se queda en el poder.

Lo que hay de verdad...

Lo que hay de verdad en el fondo de las declaraciones políticas hechas por el señor Fernández Alvarado, jefe del Partido Republicano, es harto amargo: A pesar del tono displicente con que se refiere al movimiento reeleccionista, se transparenta en todos los comentarios que borda en torno los más recientes acontecimientos políticos y cierta acritud en desacuerdo con el optimismo que trata de presentarnos.

Al referirse al señor Castro Quesada asume un gesto burlón que sería suficiente a delatar la tirantez de relaciones que entre ellos existe. Si bien es cierto que el señor Fernández Alvarado niega que haya recibido embajada alguna por la cual se notificara la resolución de los jefes del movimiento reeleccionista. Convergamos, a riesgo de parecer falsos, que al jefe del Partido Republicano le cogió la noche al negar el objeto de la visita que le hiciera nuestro Ministro en Washington, pues éste por una parte, y los amigos

Los hombres que mandan

(A petición de algunas personas que aún no han podido aprenderlo de memoria reproducimos este soneto.)

Son figuras borrosas, de contorno indeciso,
que se esfuman en una vaguedad de crayón,
y reclaman honores del buen pueblo sumiso
para su alta y risible Majestad de Cartón.

Son hijos del acaso; surgieron de improvviso
sin títulos, sin nombre y sin preparación,
alzando por los aires como fulgente friso
que fuera una bandera, su degeneración!

Y el pueblo, que lo mismo se inclina ante un Notario
que ante las arrogancias de un falso Mandatario
que surge haciendo mofa del nombre de la Ley,
encorva su espinazo flexible de bejuco,
mostrando el depravante descaro de un eunuco,
con la apasible y mansa tranquilidad de un buey!

ASDRÚBAL VILLALOBOS

que rodean a aquel por la otra, se encargaron en el primer instante de impresión y desconcierto de divulgar los términos un tanto descomedidos que se cruzaron entre ambos. Por tal manera que los calificativos que don Máximo aplica condicionalmente al señor Castro le caen de plano, por donde resulta que en el concepto del candidato azul don Manuel no es el Excelentísimo señor Ministro en los Estados Unidos, ni cosa que lo valga. No, es un notificador, es un muchacho de mandados. El que así lo llamó sabrá por qué lo hizo.

Menos mal que el señor Fernández Alvarado economizó a nuestro Ministro en la república del Norte, los epítetos que le unta en coloquios privados. Esta misma semana hacía comentarios de los presentes acontecimientos frente a un grupo de amigos en esta forma:

—Cuando Manuel Castro llegó a mis filas era un muchacho lleno de salud moral, respetuoso de las leyes y de los hombres. Ahora sorprende la despreocupación con que habla de comprar diputados y de engañar conciencias. ¡Lo que va de ayer a hoy! ¡Y la facilidad con que se corrompen los hombres!

Por fortuna que el señor Fernández no soltó por la prensa todo eso que se tenía guardado y hubo de conformarse con decirle notificador y muchacho de mandados, cosas ambas menos fuertes que el calificativo de inmoral que le aplica en privado pero sin grandes reservas.

Nosotros en este pleito a nadie ayudamos ni siquiera llegamos a creer que el señor Fernández Alvarado esté en lo justo.

Repetimos lo que hay quien asegura que dijo tal cual lo oímos, sin ponerle coma ni punto: al precio que compramos vendemos.

En otra parte de la interviu, ya hacia el final, el caudillo republicano se manifiesta muy satisfecho de la amistad y la lealtad que siempre ha caracterizado a don Juan Rafael Arias.

Pobre don Máximo, tan ingenuo que lo formó el Supremo Creador.

No obstante el hecho de que el actual Ministro de Gobernación pidió, aún no han pa-

sado seis meses, que se le expulsara, él que no lleva cuenta de agravios, cree ciegamente en la lealtad que siempre ha caracterizado a tan eminente e insospechable república.

Pobre don Máximo, por eso, por buenazo, por candoroso, es que siempre se la han birlado; por eso, por crédulo, por cándido es que están tratando de liquidarlos sus leales y desinteresados amigos.

Ah, si no fuera porque despojar a un hombre de su ingenuidad, es algo tan enojoso como concluir con la virtud de una púdica doncella, nosotros le contaríamos al candoroso señor Fernández Alvarado lo que en estos momentos dice de él su leal y nunca desmentido amigote don Juan Rafael Arias.

Sin embargo, venzamos los escrúpulos que nos produce el tener que concluir con la virginal inocencia de don Máximo Fernández Alvarado, y contémosle lo que decía su leal e incorruptible amigo don Juan Rafael Arias.

Óigalo:

—Aquí el verdadero enemigo es don Máximo—decía su leal amigo, siempre caballero—a varias personas, anteayer, nada menos—Don Máximo es el enemigo con quien hay que concluir. Es preferible cualquier hombre en el Poder que este rencoroso enemigo encubierto.

Y si las palabras trancritas carecen de base que lo manifieste públicamente el leal señor Arias.

Nosotros le diremos a nuestra vez ante quién las pronunció y de ese modo quedarán desenmascarados los calumniadores.

Nada tendría que el señor Ministro de Gobernación pensara que hay que reducir a polvo a un antiguo jefe, al que lo hizo hombre de barro, como cuentan los testigos presenciales que obró Dios con respecto a Adán, hace de ello mucho tiempo si no estamos equivocados.

Lo que es realmente reprochable es que el leal señor Arias califique de rencoroso a don Máximo que es tan puro, tan ingenuo, tan bien pensado que ya no se acuerda de que sus leales amigos lo querían mandar con viento fresco a echar pulgas y principios a otra parte.

Lo que se ve en el fondo del reportaje a que nos referimos, es que don Máximo, a causa de los deterioros que le están haciendo sus leales y reiterados amigos, empieza a perder su ingenuidad natural, su candor acentuado, su virginal inocencia, y ya no expone lo que piensa sino lo que le conviene.

Eso es lo malo de los gobiernos de hombres corrompidos. Tanto traicionan, tanto mientan, tanto se arrastran, que paran por amaestrar en sus artes insanas a los hombres buenos, cándidos e ingenuos como don Máximo.

Si no trataran de concluir con sus grandes prestigios políticos, él no buscaría medios de defensa y se mostraría siempre saludable, ingenuo y candoroso, sin peligro de que lo engañaran sus leales amigos.

Le va a suceder a don Máximo Fernández Alvarado, lo que acontecerá a una doncella encerrada en un lunapan.

Y es lamentable: quedan tan pocos hombres ingenuos y candorosos en el país.

La encrucijada

Para el observador atento que tiene interés en los destinos de su país, la situación crítica en que está colocado el actual Gobernante se presta a muchas y variadas reflexiones.

No hay unidad de acción, si no la más absoluta incoherencia en el seno del Gabinete.

Dos de los Ministros pretenden la presidencia, uno adversa lealmente y por principio la reelección, otro está encariñado con esa causa por conveniencia personal y el otro guarda una actitud indiferente a todo, como si el problema se debatiera entre los habitantes del planeta Marte.

No es el señor González tampoco lo que se llama un hombre de gobierno. Es tenaz en sus convicciones científicas, llamémoslas así, por ejemplo en su admiración por el Socialismo de Estado teutón, en su tesis de imponer impuestos al pobre pueblo de Costa Rica, pero en cambio es débil y se deja imponer nombramientos y cambia de derrotero político de la noche a la mañana.

Don Manuel Castro y Don Nicolás Oremano, autores moralmente responsables, del proyecto de continuismo conocen al hombre y cuentan de seguro con sus vacilantes ideas y sus incertidumbres momentáneas para obtener mañana una nueva solución al gran conflicto de intereses que está planteado.

Cuatro son los caminos que se ofrecen al Jefe del Estado para solucionarlo y podríamos agregar que existe también el imprevisto que suele en Costa Rica contar con las mayores posibilidades de éxito.

1.º El que parece lisonjear por ahora la vanidad del señor González es el de reelección. Para ello se cuenta de seguro con el elemento servilista del país, con algunas Municipalidades, los funcionarios del ramo de Gobernación y Policía, que serán agentes del gobierno y el núcleo de amigos y parientes que tiene en Heredia la familia del mandatario. Con esos elementos se formará el partido de Amigos del Gobierno, muy semejante al partido que postulaba en Nicaragua al señor Cuadra Pasos bajo la égida tutelar de Adolfo Díaz.

Es innecesario decir que tal expediente es inconstitucional y que repugna a las convicciones de la gran mayoría del pueblo costarricense.

2.º Dejar por testamento la Presidencia a un amigo o copartidario allegado que prometa mantener en su integridad las leyes inspiradas por don Alfredo. Este amor desmedido por ideales que conciernen al Fisco y este olvido de declaraciones terminantes, de conceptos contenidos en un discurso pronunciado en Heredia, cuando don Alfredo era simple ciudadano, parecen contradicciones palmarias, pero el actual Presidente ha incurrido en más graves pecados de ese género para que este escrúpulo pueda desalentarlo. Presidente electo en conclave, Presidente impuesto desde el palacio presidencial, ¿bueno y qué? ¿Acaso el 28 de abril se ha borrado de nuestras memorias para que supongamos principista a don Alfredo o respetuoso de las leyes?

En la práctica nos parece que si se llegare a escoger este medio el hombre indicado por las circunstancias es el señor Tinoco, porque de todos los que rodean al Presidente es el que ha demostrado más abnegación y lealtad y porque de verdad, en las combinaciones previas a la elección de 1914, Tinoco fué el leader del gonzalismo de más influencia y actividad dentro de su círculo y de más nexos con el jefe y candidato del Duranismo.

Pensar en el doctor Hernández, en Juan Rafael Arias, porque sean amigos personales del Designado revela una profunda ingratitud y un desconocimiento del papel que cada uno tiene y juega en la vida política.

3.º Para no faltar a la lógica y a los antecedentes don Alfredo debería amparar la candidatura de don Máximo Fernández, el hombre a quien le decía el joven mandatario el 5 de octubre de 1913 estas palabras: «Vos, señor Fernández representáis en estos momentos los ideales del Republicanismo infante hace cuatro años y por ello el país os debe, por vuestra vida entera de luchas en favor de sus instituciones, la señalada distinción de que seáis su Presidente».

Nosotros preguntamos: ¿Qué ha hecho el señor Fernández durante este período en que más bien ha sido consecuente y disciplinado como republicano, para que no merezca la investidura que le ofrecía el mismo señor González Flores hace cuatro años?

Pero todos sabemos que eso está definitivamente descartado, que notificado por el señor Ministro en Washington o por el rumor público, el pobre don Máximo sabe ya a qué atenerse y que la candidatura oficial con que soñaba, cuando *adversó* de un modo tan enérgico las leyes tributarias se ha esfumado para siempre.

4.º Hay otro camino, el más amplio y cómodo para transitar, tan hermoso como la recién construida calzada de automóviles que une a San José y a Heredia y si el señor González fuera fiel a su juramento constitucional, fiel al pacto que celebró y firmó con el Dr. Durán, antes de su exaltación al poder supremo y consecuente en fin con los dictados de la conciencia de un ciudadano y de un hombre de bien, sería el que escogiera sin vacilar un segundo. Nos referimos al camino de la libertad, no a las promesas vanas que todos hacen, a las palabras fementidas que usan los políticos de oficio para engañar a las gentes, sino a la honrada garantía por el encargado del Poder del libre ejercicio del sufragio.

En tal caso, la lucha sería reñida comparable apenas a las más interesantes luchas de nuestra historia, lucha de ideas porque el

problema económico sería el eje de ese caluroso debate, pues todos anhelamos en esta era crítica que se dirija la marcha del país hacia su redención económica como escudo para salvar su autonomía.

No vaticinamos a quién tocaría ese honoroso triunfo. Podría ser a un republicano. Venga en buena hora. Tal vez vencería la oposición, pero su victoria sería de esencia republicana y don Alfredo cumplido el deber, sin temor alguno, descedería de su puesto entre los aplausos de la muchedumbre, dejando la cosa pública entre las manos de un hombre honrado y magnánimo, porque los pueblos tienen acierto y un instinto muy noble los guía cuando libremente eligen su mandatario.

Ese es el camino de la cordura...

¿Tendrá cordura el Presidente de las buenas intenciones?

MARIUS

Las Ediciones Minúsculas En el Extranjero

Madrid, 9 de Diciembre de 1915

Sres. Francisco Soler
y Julián Marchena

Costa Rica

Muy señores míos y amigos:

Recibo su estimada carta y asimismo los dos tomos de *Ediciones Minúsculas*, que han tenido la atención de enviarme.

A pesar del mal humor que ustedes me dicen que cuentan que yo gasto, y del cual no hagan el menor caso, he leído con verdadero placer sus libros que los encuentro bien escritos, amenos e interesantes y nunca duden por enviarme todas sus obras, que yo con sumo gusto las leeré y merecerán, sin duda alguna, toda la atención de que son dignas.

Muchos ánimos para el trabajo, mucho entusiasmo y muchos triunfos felices desee.

Reciban un cordial abrazo de este compañero y admirador de ustedes, que no es el viejo gruñón que suponen,

R. BLANCO FONBORCA

Syc, Martín de los Heros, 81

“Colección EOS”

Apareció el número 21 de este importante órgano de publicidad nacional, y no podemos prescindir de dedicarle algunas frases, dada su importancia. Trae el presente volumen de *Colección Eos* los siguientes trabajos: «Antecedentes», por Eremita; «La fisiología parlamentaria», por Miguel de Unamuno; un párrafo de Rubén Darío; «Los Bancos»; «Bibliografía», por A. Drz (R. Sc.); «De la guerra», por Salvador de Madariaga; «Al pie de la estatua»; «El primer baño» (verso), por José Caicedo Rojas; «Depravación intelectual», por Juan Buenaventura Ortiz; «Orlindo Guerrini, de España, y «Un descubrimiento sensacional».

El primer artículo, «Antecedentes», es un conjunto de ideas políticas de primer orden que merecen la atención del lector.

Lea el No. 21 de COLECCIÓN EOS

La reelección de Chinilla

Que un grupo de mangoneadores y serviles aspire a asegurar la reelección del empercatado Chinilla, acatando así una vez más los deseos íntimos de este fantoche de la política nacional, en quien la vanidad morbosa corre parejas con la insuficiencia congénita,—es un hecho absolutamente lógico que a nadie debe causar sorpresa. Aún más: es un hecho necesario desde los puntos de vista de la historia y de la sociología, porque habría sido monstruoso concebir que esa farándula de trapisondistas oficiara una sola hora en los altares de la República.

Ese derecho se queda para los hombres de vergüenza, para los ciudadanos de verdad, para los hijos no espúreos sino legítimos de la democracia, para los caballeros y no para los genzaros, para los costarricenses amantes de la dignidad de su Patria y no para los mercachifles emporcados, para los varones viriles y nunca jamás para los enucos de nacimiento o de profesión.

Los farsantes de hoy no encontrarían, ni con candela, mejor palo en qué ahorcarse ante el porvenir, que el jocote hecho astillas, quebradizo y estéril, achicharrado y lamentable, que un vendaval odioso arrancó de las riberas del Pirro para reventarlo como un insulto sobre las gradas del Capitolio, en donde estaba fresca y marcada la huella de los grandes gobernantes patriotas que supieron darle a Costa Rica, sin excepciones, honra y gloria.

Dejémoslos, pues, hacer su sainete y regocijarse en su merienda de negros, para que el último acto de su función pesetera esté a la altura de todas sus anteriores hazañas funambulescas. Porque, por lo demás, a nadie que goce de su integridad mental y moral podría ocurrírsele la idea o acometerle el temor de que estos héroes del volatín logren salirse con la suya. A ellos los trajo un viento y están predestinados a que se los lleve un trueno. Este pueblo no es Marruecos.

Sorprende, sin embargo, que el amojamado Chinilla haya tenido tanto miedo para resolverse. La valentía, ciertamente,—esa amante de ojos profundos, de labios carnosos y encendidos, de cabellera resplandeciente y suelta, que mima como una doncella y muerde como una leona,—no le ha compartido sus caricias de fuego nunca: no figura en la lista de sus favoritas! Pero después de todas las hombradas que ha hecho, después de haberles dado tantos puntapiés a las instituciones públicas, incluyendo los

cuatro Poderes, y a la sumisa comunidad, inclusive sus propios compinches, ya era tiempo, en verdad, de que se portara algo mejor que como un muñeco.

Convengamos en que el papel de Judas lo ha hecho a las mil maravillas. Siquiera eso tenemos que concederle los que, aunque hartos y asqueados ya de sus habilidades, le somos tan grandes deudores en risa. Lo que falta ahora es que sepa hacer bien su rol de Tartufo, mientras regresa a su antigua condición de modesto mequetrefe. Hagamos votos, por lo tanto, en favor de su éxito en esa nueva empresa tan digna de sus antecedentes. Así podrá agregarle el pobre una hojita más a su corona de laureles negros.

Ha pedido seis meses de plazo para decirle al país que la reelección le gusta y que le tiene aún más trastornada, si cabe, la cabeza. Yo apostaría a que él mismo no va a poder aguantarse, porque se revienta... o lo revientan: tiene muchos moros en la costa,—y ya él sabe cómo esos señores se las gastan, por cuanto es de la misma partida o banda de píceros.

Además, el país sabe lo que necesita saber. ¿Para qué hacerlo reír con tantos remilgos y aspavientos? ¿Para qué engañarse creyendo que los costarricenses pensemos ni en las peores horas de burro que la eucaristía de la libertad política pueda estar en manos de traidores y perjuros, de mangoneadores y serviles?

Y fuera de esto, si Chinilla ha vacilado en quitarse la careta para mostrarse al público tal cual es, está en un error crasísimo, porque la careta se le cayó hace tiempo y desde entonces anda hecha un estropajo por los suelos, hasta bajo los pies de las cocineras.

De ahí viene que la reelección sea un acto lógico, como aseveré al comienzo de estas líneas, sin perjuicio de que parezca a simple vista como el disloque elevado a la centésima potencia.

A mi juicio nada pierde Costa Rica con que ese atentado número mil principie a realizarse. La soberanía nacional sabrá imponerse, al fin, sobre el capricho de la caterva de menguados que la violan y la ultrajan desde el aciago 28 de abril y le cerrará el paso a sus torpes ambiciones, de una vez para siempre. No quiere más monigotes y talsarios que la tundan y la degüellen.

Pero el país no olvida que para que

esta liquidación sea eficaz y saludable tiene que ser completa; y completa vamos a tenerla, gracias a la desbordante inmoralidad política de Chinilla.

En este sentido, los costarricenses estamos de plácemes: no hay para qué ocultarlo. Yo por mi parte no lo oculto y por eso lo digo en mi prosa ingenua y llana, a falta de una estrepitosa carcajada homérica, que en esta ocasión vendría como de perlas: en esta ocasión o nunca, ¡válgame Dios!

GUILLERMO VARGAS

Cuento de verano

El que la ganó

Y Felipón hacía que resaltase aún más la fealdad de su rostro simiesco, lanzando risotadas como gruñidos:

—¡Ju ju, ju ju!

Formaban un grupo pintoresco. Bajo un toldo de la playa, siete muchachuelas lindas y cinco donceles apuestos de la colonia veraneante, se divertían embromando al tonto Felipón. Era éste un mocillanco fornido, alto, de manazas horribles y fealdad imponente. Bizzo, chato, con la boca siempre abierta, mostradora de la dentadura renegrida. Felipón era hijo del dueño de los coches. Y el tonto servía a su padre para cuidar de las cabalgaduras. También lo utilizaba el párroco para officiar algunas veces de campanero. Y entonces, del campanario salían dos voces: metálica, una; humana, otra. Felipón hacía duo al campaneó con estridentes gritos:

—Talán, talán; tolón, tolón.

Lo que distinguía sobre todo a Felipón era un miedo extremado. Le corrían los chiquillos. Le hacía huir cualquier mocosete que le amenazara. Varias veces, los pedruscos lanzados por manos infantiles pusieron chichones en la cabeza del tonto. Y éste se refugiaba entonces en un rincón de la cuadra lloriqueando y escondiéndose para que no le viera su padre que le increpaba:

—¡Cobarde, cobarde!

Aquella mañana, Felipón había ido a la playa con un recado de su padre para los señoritos.

Habían proyectado éstos una gira. Tenían encargados seis coches. Y Felipón fué a saber la hora en que deseaban tener los vehículos dispuestos para la excursión. Los señoritos se quisieron divertir un rato a costa del tonto. Dirigía las chanzonetas la más bonita, la más parladora, la de más gracejo.

—Escucha, Felipón. ¿No has tenido nunca novia?

—¡Ju, ju, ju! ¡Qué cosas se le ocurren a la señorita!

—¿Pero no te gustan las muchachas? ¿No te gusto yo?

—¡Ju, ju, ju! Como gustarme usted, sí me gusta.

Uno de los jovencuelos, encarándose con Felipón.

¡Ah, pillastre! Con que te gusta la señorita Julia, ¿eh? Ya se lo diremos dentro de un rato a su novio, el señorito Luis, cuando vuelva de la finca.

Ya no rió entonces Felipón. En su semblante se dibujó una mueca de espanto. Y murmuró balbuciente:

—No le digan nada, no le digan nada. Me pegaría.

Un coro de carcajadas siguió a la voz trémula de Felipón. Julia, misericordiosa, compadecida de aquel hombretón hercúleo de alma tan ciega y débil, exclamó para calmarle:

—No temas nada, Felipón. El señorito Luis, aunque supiese que yo te gusto, no había de hacerte ningún daño. También me gustas tú. Y hasta me gustas más que el señorito Luis. ¡Palabra!...

Felipón, ya encalmado, tornó a su imbécil risotear.

—¡Ju, ju, ju! ¡Gustarle yo a la señorita! ¡ju, ju, ju! ¡Y siendo tan guapo don Luis! Me voy a la cuadra con las caballerías.

Uno del grupo exclamó:

—No debes nunca salir de allí.

No le oía Felipón, que, silbando, echó a correr zambamente, hundiendo sus zapatones en el arenal de la playa.

—¡Ríe, ríe!

Los gritos de Felipón sobresalían potentes animando a los caballos. Regresaban de la merendola, que fué abundante y en la que se bebió de firme. Componían la caravana seis jardineras. En una de ellas, en la más rezagada, iban Julia, Luis y otras dos muchachas. Lo propuso Luis.

—¿Qué prisa tenemos para seguir a los demás coches que corren tanto hacia el pueblo? Aún es temprano. ¿Le decimos a Felipón que pare y yo nos sentamos un rato ahí sobre el verde césped?

Fuó aprobada la proposición. Se detuvo el coche. Se aposentaron los jóvenes sobre el verde tapiz de una colina. Felipón también había descendido del pescante y arreglaba los collerones de las cabalgaduras. Luis hubo de oír sonriente el relato de lo sucedido por la mañana en la plaza. Murmuró Julia:

—¡Pobre Felipón! Parece mentira que siendo tan corpulento pueda ser tan infantil. ¡Porque debe tener una fuerza enorme!

Rebrincó la majeza en el corazón de Luis. También podía él alardear de vigor, y le asaltó rápido el deseo de mostrar ante Julia su fortaleza. Gritó:

—¡Eh, tú, Felipón, ven!

A zancadas salvó el tonto la distancia que separábase de los señoritos. Luis, riendo, paró dar al tonto confianza le indicó:

—Mira. Vamos a ver cuál tiene más fuerza de los dos. ¿Quieres?

—¡Ju, ju, ju. Tendrá más el señorito.

—Anda, vamos a verlo. Nos cogemos por las cinturas y a ver cuál echa al otro al suelo. El que quede de pie recibirá como premio la rosa que Julia lleva prendida del pecho. ¿Quieres?

Todos reían. El tonto, boquiabierto, miraba a Luis y a la enrojecida y tentadora flor. Insistió Luis, disponiéndose ya a coger a Felipón por la cintura. Y el tonto, en cuya resolución debió influir mucho la quemazón de reciente vinillo trasegado, también se abalanzó hacia Luis. Se atenuaron por las cinturas. Firmes, incommovibles permanecieron los dos corpachones mozos durante unos segundos. Se vió un momento vacilar a Felipón. Y de repente sucedió lo brutal, lo terriblemente brutal. El tonto, viéndose próximo a caer, había engarfiado con las manazas el cuello de Luis. Sólo tuvo éste tiempo de murmurar angustiado:

—No, no. Así, no. Suelta, suelta.

Gritonas, se abalanzaron las muchachas hacia los que ya se debatían sobre el césped.

—¡Suelta, bárbaro, suelta!

Tiraban a Felipón de la blusa. Le pegaban con las sombrillas. Las uñas de Julia se hundieron en las mejillas del tonto. Este se alzó entonces con el señablante arañado y el mirar chispador y la risa sobre la boca, inmensa. Y a sus pies quedaba el otro con la vida rota.

Corrieron las muchachas empavorecidas y clamantes.

—¡Socorro, socorro!

Y Felipón también echó a correr gritando:

—¡Yo gané la rosa, yo gané la rosa! ¡Ju, ju, ju!

BENIGNO VARELA

Un buen queso

No, no; el Amor es bueno y nunca desampara a sus pacientes. Oye mi dulce amiga la historia de Inés y Florencio, para que te convenzas de tan importante verdad.

Inés y Florencio, ambos nacidos y criados en la opulenta finca donde serían, eran dos gallardos muchachos que se adoraban desde la niñez. Hasta aquí todo va bien, y aun ha de parecerse mejor si te digo que los chicos se besaban como unos glotoneros cuantas veces podían, con el incentivo de esas briseras campestres que en la primavera hacen estremecer tan profundamente a los bosques venerables. Cuando podían se besaban, y hacían muy bien, a despecho de tu aspaviento convencional; cuando podían, porque, ¡ay! no siempre les era dado.

La señora, una viuda ya entrada en años, era muy beata y se escandalizaba al sólo nombre del Amor, como no fuera éste el divino. No obstante, sus amigas afirmaban que en su devoción a San Antonio, por ejemplo, no todo era desinterés celestial, llegando uno de sus primos, viejo entre santurrón y calavera, a afirmar que Santa Rita compartía aquella predilección...

Lo cierto es que había sido devota del buen santo hallador de novios, desde su más tierna juventud; y tanto, que se rezaba de memoria la novena y los trece martes.

La señora quería mucho a Inés, pero desconfiaba de Florencio, habiendo opinado ya varias veces que creía llegado el momento de buscarle empleo en la ciudad. ¿Cómo abominaba Inés, en esos momentos la palidez que la cubría!

Para ella eran las preferencias y hasta los mimos compatibles con la rigidez aristocrática de la dama; pero ¡a qué precio! precisamente por esto, apenas podía hablar con su novio. Cuando no trabajaba con la vieja ama de llaves, doña Catalina, una flacucha de rigidez gendarmil, bordaba junto a la señora en el costurero cuya suntuosidad tenía algo de bazar, mientras aquella, en compañía de una hermana solterona que la acompañaba, consumía las horas descifrando charadas y fugas de vocales. Esto formaba su manía y su vanidad. El resto del día lo consagraba a la oración.

Sólo en la mesa tenían algún esparcimiento los muchachos. Después de servir Inés a las señoras, almorzaban con doña Catalina en un recogimiento casi terrorífico; pero a veces llamaba de adentro (generalmente para averiguar alguna fecha) y el ama acudía. ¡Ah, besos furtivos, caricias miedosas, dramitas en dos pelliscos! Era el momento de entregarse las cartas en letra menudísima y sin apartarse; el minuto suspirado de decirse tantas cosas y no acertar más que a estrecharse las manos: fugacidad deliciosa que les alegraba un día entero como una exhalación de perfume...

Ahora bien, cierta ocasión de esas, Inés y Florencio tuvieron un gran disgusto. Aquella negó rotundamente a éste un rulo que la pedía, y hasta le reprochó que hubiese mezclado aturdidamente el día anterior la leche de los quesos.

Lo primero fué una coquetaría y lo segundo mereció una explicación.

Inés hacía unos quesos riquísimos que la señora prefería, motivando esto mil querellas como la mencionada. Eran de comerse frescos, pero tenían un término de treinta horas que la chica respetaba con veneración; y por esto aquel reproche asumió caracteres muy serios para Florencio.

Tres días después como no la coqueta no cediera, la escribió que se iba a envenenar; y ella, alar-

mada al verle tan triste y para evitar que lo hiciera durante el almuerzo, le respondió con amoroso sobresalto:

«Mi rico no fué usted, ya sé adorado bien de mi alma, hoy en la mesa te daré si acaso llaman, y con esto recibe muchos besos de Inés.»

Hizo con el papelito una cedullita bien apretada y la guardó en el corpiño a la espera de una oportunidad.

Fabricaba hacia rato uno de sus quesos en la lechería, dando el último amasijo a la cuajada, cuando sintió pasos. ¡Los de él!... Con la cedullita en la mano, agardó palpitante, pero en vez del amado novicito, apareció doña Catalina en persona.

La cedullita rodó por entre los dedos de Inés sobre la pasta, que sus manos oprimieron con instintiva precipitación. Por fortuna no lo había visto, y en cuanto se fuera...

Pero en vano retardó su obra. La vieja no se movió de allí, y como empezara a regañar por la tardanza, el queso entró en el molde y pasó a la despensa, sin que la infeliz hubiera podido retirar de sus entrañas el secreto de su amor.

«¿Qué dos días aquellos! ¡Con qué ansiedad tentó una y mil veces la puerta de aquella nefasta despensa en procura de una remota casualidad! ¡Cuántos ingeniosos hurtos concibió! ¡Cuántas promesas hizo a los santos! Pero doña Catalina no candaba nunca en falso, y los santos suelen ser tan ocupados...»

Por fin una noche, mientras servía a la mesa, la catástrofe se produjo. El alma trajo, con cierta prosopopeya de mal augurio, un nuevo queso que la señora se dispuso a cortar. (Era esto un capricho de golosa, harto honorífico para Inés, bien se comprende). Un buen queso. ¿Sería ese?... No, no era, porque parecía más viejo; pero sí debía de ser, porque tenía una depresión en el borde...

El cuchillo entró lentamente... entró... entró... Desprendióse la tajada... ¡Ah, qué satisfacción! ¡No era!

Peró al cortar el segundo bocado, la señora notó algo duro en la pasta, escarbó un poco, y el papel maldito apareció.

Tan insólito era aquello, que produjo un solemne silencio. La señora, con una calma fría, más terrible que las amenazas de los profetas, desdoblaba lentamente la cedullita; y en ese momento la chica, desde el fondo de su anonadamiento, balbuceó al azar, con una voz en que desfallecían sollozos:

—Se me cayó del seno...

El papel acabó de desenvolverse.

Y ¡oh! inculcadas veces oportuno «Tyrothrix filiformis», y otras tantas sublime «bacterium lactis», «bacillus butyricus», y cuantos suculentos microbios, acedan, sazonan y maduran esas maravillas del arte caseoso: los ácidos de la fermentación habían decolorado la anilina, y sólo aparecían vagamente, en un matiz rojizo, palabras sueltas, sin ningún significado al parecer:

Mi i no us
adorado bien de mi alma,
en la mesa s ca
llama, con sto rec
e os e es

Las cejas de la señora se fruncieron ante tan profanas palabras...

...Peró ¿qué cambio es ese en sus facciones? ¿Por qué mira ahora a Inés con enternecida benevolencia?

Es que acaba de dar con el secreto del involuntario criptógamo y comprende lo temerario de su sospecha.

En efecto; no correspondían exactamente esas palabras a la oración del noveno martes de San Antonio?

«Mi divino Jesús, único y adorado bien de mi alma, que en la mesa eucarística os llamáis, con justo derecho, el pan de los fuertes...»

¡Chica ejemplar! Se pasaba copiando oraciones durante sus asuetos ¿quién lo creyera! ¿Reprenderla? Nunca; pues ¿a qué mayor gloria podía aspirar un queso?

Y desde entonces, bajo la advocación complaciente del beato paduado—mi patrón querido—qué besos, qué locos besos se dieron los chicos al almorzar.

LEOPOLDO LUGONES

LEA USTED
LAS VÍRGENES LOCAS
(Cuentos de la guerra)

Figuras contemporáneas

Enrique Sienkiewicz

Ningún literato europeo ha tenido, recientemente, un cuarto de hora de celebridad más extensa que el escritor polaco Enrique Sienkiewicz, muerto hace pocos días en Vevey (Suiza) donde se había refugiado al comenzar la guerra. Aunque todas o casi todas sus obras se hallan traducidas a los idiomas principales—y al español, claro está, repetidas veces y casi siempre sobre las versiones francesas—nadie en su nombre vive seguramente más que el del autor de «*Quo Vadis?*» Se ha reaccionado mucho en la apreciación de esta novela, agrupada hoy con las reconstituciones arqueológicas de Bulwer y de Wiseman, con «*Los últimos días de Pompeya*» o con «*Fabiolas*», mejor que con las pterosas evocaciones de Gustavo Flaubert; se ha hecho ver que el cristianismo, antes de las persecuciones neronianas, no tenía la importancia social ni el desarrollo que la novela supone; pero la resonancia que la novela de Enrique Sienkiewicz logró en toda Europa hacia 1900 todas la tienen presente. Publicada en 1895, traducida poco más tarde al francés cuando existían ya dos versiones inglesas, tres alemanas y seis rusas; se extendió rápidamente por los países occidentales; fue leída por todos, llevada al teatro, convertida primero en drama y después en ópera y pasó por fin, a la pantalla del cinematógrafo. Livia, Ursus, Petronio, Chilon Chilonides, son populares, entre nosotros, como pueden serlo en la tierra del autor. La obra de Sienkiewicz se ha dirigido siempre a la muchedumbre; en sus novelas, triunfan siempre la virtud y el amor. Los dos enamorados de «*A sangre y fuego*» se casarán pese a quien pese, salvando peligros y distancias. El héroe de «*El Diluvio*» se redimirá y se unirá a la mujer que ama, por grande que haya sido su culpa. Y si «*Pan Wolodioski*» ha de morir, la figura de Sobieski, surgiendo tras el desastre, augura la gloria de una Polonia grande. Las tres novelas históricas mencionadas, que forman trilogía y sus cuadros épicos de Polonia en lucha contra los cosacos, contra los suecos y contra los turcos, tienen fama entre todas las suyas—«*Sin dogmas*» y «*La Familia Polanski*» le presentan como novelista psicólogo; pero no valen, con todos sus méritos, lo que los tiempos cuaden de costumbres, como «*Juanillo el músico*», que figuran entre sus primeras producciones—. Nació Sienkiewicz en Wola Obrzejska, gobierno de Radom, el 4 de Mayo de 1847, de familia originaria de Lituania. Estudió en Kiev y en Varsovia. Se dedicó muy joven al periodismo; hizo entre 1876 y 1878 un viaje a la América del Norte, que relató en dos celestísimas series de cartas, y recorrió también los principales países europeos. Más tarde narró en nuevas cartas un viaje de exploración por el África central. Entre tanto, sus novelas le habían hecho famoso. Un admirador suyo le envió, entusiasmado por la lectura de «*Pan Wolodioski*», una suma considerable—cuyos intereses dedicó él, en recuerdo de su esposa, que murió muy joven dejándole dos hijos, a una fundación en beneficio de los escritores sin recursos, enfermos de tuberculosis. En Diciembre de 1900, Varsovia celebró con grandes festejos su jubileo literario; los magistrados de la capital polaca entregaronle, en el palacio municipal, los títulos de posesión de una finca llamada Oblergorsk, magníficamente situada. En 1905 fué agraciado con el premio Nobel. Vivió más tarde en Viena y de Viena pasó a Suiza, donde ha muerto. Fué Sienkiewicz, como buen polaco, gran patriota, conocida es la carta referente a la sentencia de tribunal de Gniezdo que condenó a las madres de Wresno por haber inspirado a sus hijos, a los pequeños héroes», como Sienkiewicz los llama, resistencia contra los maestros prusianos excesivamente celosos. Quizá, a punto de morir, los acontecimientos recientes le han proporcionado una amargura más hábil vista en ellos no una clara y más firme esperanza de reconstitución nacional, sino un nuevo sarcasmo sobre los que por tanto tiempo ha tenido que sufrir su patria.

Bartek el Vencedor

(La muerte de Sienkiewicz, coincidente con la pseudo-independencia ofrecida por los alemanes a la parte de Polonia que nunca fué suya, da indiscutible actualidad a los siguientes fragmentos de un breve relato del autor de «*Quo Vadis?*», que se titula «*Bartek el vencedor*» y que fué traducido, años hace, por Sofía Casanova de Lutoslowski.

Bartek, hérculeo y simplón aldeano de la Posnania, se ve obligado a luchar en las filas alemanas durante la guerra de 1870. Le han hecho creer que los franceses son como sus opresores los alemanes, o peores aún, y por eso combate. Su arrojo y sus fuerzas le distinguen entre todos. Pero, vuelto a su aldea, en vez de la consideración que esperaba, encuentra el desprecio de los alemanes dueños del país, que le imponen su lengua, le maltratan al hijo, le dejan sin morada y le empujan por último a la miseria y al destierro)

Bartek, que había tomado tres cañones al enemigo, era digno de ver, cuando, cansado, desfigurado el rostro por el sudor y la sangre, descendía gloriosamente de la cumbre del monte abrazado a las banderas francesas, que ondeando sobre su cabeza le proclamaban vencedor...

Al lado de él, pálido, destruido el uniforme, marchaba Gwisdala, al cual habló así su amigo: —¿Por qué me dijiste que eran fuertes esos pobrecillos? ¡Si parece que tienen huesos hechos de paja! Arañar si que saben los tunantes como si fueran gatos, y bonitos nos han puesto a ti y a mí el hocico. Pero nada más que arañar saben, mientras que nosotros... Yo, por mi parte, en cuanto tocaba a uno de ellos, ya estaba en tierra...

Y Gwisdala que habiendo presenciado las proezas de Bartek mirábalo asombrado, respondió:

—Pero, hombre, ¿quién había de figurarse que eres... vamos, así, como eres?

El batallón en masa, la mayor parte de los oficiales que habían sido testigo del furor bélico y de los triunfos de aquel soldado, de raro bigotillo rubio y ojos de tonto, miraban con estupefacción. Su capitán, tirándole familiarmente de una oreja, le dijo:

—¡Bien por el bravo polaco!

Frase que hizo reír al héroe con satisfacción de patriota, pues el capitán era alemán y no solían éstos tratar a los polacos con cortesía... Ya en la llanura el batallón, el capitán señaló a Bartek al hablar con el coronel, el cual hizo lo propio al acercarse al general Steinmetz. Este echó una mirada a las banderas que Bartek tenía sobre los hombros, mandó a un oficial que las recogiera, y sólo cuando fué obedecido fijóse en el soldado con curiosidad.

Bartek cuadróse ante el general y presentó el arma; el viejo militar, moviendo la cabeza satisfecho, volvióse al coronel y le dijo en voz baja:

—Habrá que hacerlo sargento.

—Sería demasiado, Excelencia.

—Veamos—añade Steinmetz, volviendo su caballo y acercándose a Bartek!

Este no sabe lo que le ocurre ante el nunca visto hecho de que un general en jefe dirija la palabra a un soldado raso.

Verdad que Bartek no era uno de tantos: había cogido banderas y cañones al enemigo.

Su Excelencia, que chapurreaba el polaco, le preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Pognenbina—responde Bartek, tieso como un uso.

—¿Tu nombre?

—Bartek Ruiseñor.

—Bartek Hombre—añade el coronel, traduciendo equivocadamente al alemán el apellido polaco.

—Ruiseñor—repite Bartek, deseoso acaso por la primera vez en su vida que constara su nombre verdadero.

—Bien, es lo mismo—dice el general, que sigue preguntando.

—¿Sabes por qué te baten con las franceses?

—Lo sé, Excelencia.

—Pues dilo.

Bartek comienza a balbucear; enrédansele las ideas y las palabras y no da pie con bola.

De repente recuerda algunas palabras de Gwisdala, dichas en el tren, a poco de salir de Pognenbina, y de un tirón dice:

—Pues porque son alemanes también, sólo que peores todavía que ellos.

El general, conteniendo la risa, vuélvese al coronel y murmura:

—Tenia usted razón: sería demasiado hacerlo sargento. Y dime—prosigue aun mirando al soldado—¿Quién ha ganado hoy la batalla?

—Yo, Excelencia—responde sin vacilación.

—Sí, sí; tienes razón— exclama sonriendo Steinmetz—y aquí tiene el justo premio a tu comportamiento.

Y el veterano guerrero quita de su pecho una cruz de hierro, se inclina y la clava en el de Bartek.

El buen humor del general hizo comunicativo a su Estado Mayor: jefes y oficiales reianse

mirando a Bartek, y cuando aquel se alejó pusieron unos y otros algunas monedas en las manos del mozo, no se sabe por qué, si como recompensa a su heroicidad, o a su simpatía de decir que ¡había ganado la batalla!

Cuando al anochecer, sentados Bartek y su amigo ante una hoguera del campamento atrábase de morcillas de guisantes, Gwisdala murmuró con aire resignado:

—Mira, Bartek, lo que es de ti no se puede hacer carrera. Eres tonto, tonto de remate, y se acabó.

—¿Por qué me hablas así?

—Porque... porque... ¡A quién le ocurre decir, al general nada menos, que los franceses son alemanes, sólo que peores...

—Tú mismo me lo dijiste, camarada.

Gwisdala, sin saber qué responder a tan irrefutable afirmación, dió media vuelta a sus pensamientos, de derecha a izquierda como si dijéramos, y escapándose por la tangente balbuceó:

—Pero debiste atender que el general y los oficiales son alemanes y... vamos, que aunque lo son de verdad, no se le debe decir en su cara. ¿Entiendes? Llamarle a uno alemán no es ningún elogio porque...

Y trabada la lengua no pudo Gwisdala explicarse mejor, y se quedó sin decir lo que quería: esto es, que no se debe hablar mal de los alemanes a los alemanes mismos.

Bartek volvió de la guerra tan extenuado, que durante muchos días no podía ocuparse de nada, lo cual era un enorme perjuicio para su desbaratada hacienda necesitadísima de brazos varoniles. Magda trabajaba desde la mañana a la noche: los vecinos ayudaban en lo que podían, pero así y todo, la ruina amenazaba de cerca al matrimonio.

Lo peor era que pesaban sobre él algunas deudas. El colono alemán Yurt había prestado unos cuantos marcos, y como era hombre que de una piedra sabía sacar réditos, no eran pequeños los que impuso a los aldeanos.

El dueño del señorío de Pognenbina, joven de la más rancia nobleza polaca, había vendido tiempos atrás a Yurt un pedazo de tierra a bajo precio, del cual hizo el colono la base de su fortuna, que aumentaba sin escrúpulos esquilmando a todo el mundo, incluso al joven noble, que para sostener el rango de su raza a una altura que ya hoy no pueden permitir muchos señores de su categoría, con Yurt tenía cuentas interminables.

El dinero que al usurero debía Magda, habiéndose empleado, parte en las faenas del campo, y parte se lo habla enviado la buena mujer a su marido.

Con la ayuda de Dios, que prometía una buena cosecha ogaño, y trabajaba de firme, tenía aun esperanza Bartek y su mujer de salir de apuros, pero lo que hacía desesperar la situación era que Bartek no podía tomar una azada en sus manos. Magda, no pudiendo conformarse con la inactividad de su marido, que achacaba a pereza, fuese un par de veces en busca del cura del lugar en demanda de consejo, pero al cabo se convenció que si Bartek no trabajaba, era porque no podía. Faltábale el aliento en cuanto iba de un lado para otro, dolíale la espina dorsal al menor movimiento, y por tales razones, pasábale los días sentado a la puerta de su casita fumando su pipa de porcelana adornada con un tosco retrato de Bismarck en traje de coracero, y mirando en torno suyo con el apagado mirar de un hombre que se siente fatigado hasta la médula de los huesos.

En aquellas largas horas de inercia, el vencedor pensaba un momento en la guerra y sus azares, un momento en sus propias victorias, en Magda, en algo indiferente, y a estos breves periodos de concentración en un objeto dado, seguían otros larguísimos, en los que el pensamiento como aniquilado, dejaba de funcionar y la vida psíquica de Bartek paralizábase. Cierto día, disfrutando de aquella enérgica pasividad, sentado al sol nuestro héroe, oyó a lo lejos llorar a su hijo. Volvía Franek de la escuela, y cuando estuvo cerca de su padre, éste le preguntó:

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—Sí, sí, ¿qué te ocurre, muchacho?—repitió en son de reproche sollozando Franek.

—¿Por qué lloras?

—¿Cómo no he de llorar si me han golpeado los hocicos?

—¿Quién?

—¿Quién había de ser sino el señor Boege, el maestro de escuela?

—¡Hola! ¿Y él qué derecho tiene para pegarte?

—Algún tendrá puesto que lo hace.

Magda, que cavaba en el jardinillo, saltó el vallado que lo cercaba, y con el azadón en ristre, dijo aproximándose al niño:

--¿Y tú qué hiciste? Pues nada; y eso que el maestro me insultó, hasta llamarme *cerdo polaco*: me pegó, y dijo que como los alemanes han vencido a sus enemigos nos van a tratar a puntapios porque ellos son los más fuertes. Yo nada malo le hice. El me preguntó que quién es la más poderosa persona del mundo; le respondí que el Padre Santo y me abofetó. Yo grité, me llamó *cerdo polaco*, me dijo que ahora nos iban a dar de puntapios.

El chico llorando repetía aquellas frases crueles que parecían dolerle más que los golpes recibidos. Magda, cubriéndolo cariñosamente el rostro con las manos, volvióse a Bartek exclamando furiosa:

--¿Lo oyes? Fuiste a la guerra para que los alemanes vencieran, y al volver medio muerto, los mismos alemanes te maltratan al hijo como si fuera un perro... Lo insultan... te lo matarán si se les antoja, te escupirán a la cara y esa será tu recompensa.

Y, emocionadísima al oír sus propias frases, rompió a llorar haciendo coro a su hijo.

Bartek abrió desmesuradamente los ojos, movió los labios, y toda su persona reveló un desconcierto extraordinario que le impedía hablar, y sobre todo entender de un modo claro y preciso lo que había ocurrido a su Frank, al hijo del vencedor. Quedó pensativo unos momentos, y de pronto encendióse sus pupilas en oleada violenta, la sangre entrojóse su rostro, y como el desconcierto y el temor suelen a veces transformarse en furia, Bartek se puso de pie y dijo con los labios apretados de ira:

--Yo voy a entendedermelas con ese maestro... y eché a andar camino de la escuela, que estaba cerca de allí, próxima a la iglesia.

Boege hallábase precisamente ante la *veredada* de su morada, rodeado de una manada de cerdos, a los que arrojaba pedazos de pan duro.

Era un hombre de cerca de cincuenta años, alto, fuerte como un roble, de cara gruesa, en la que parecían nadar dos grandes ojos de pescado, atrevidos y enérgicos.

Bartek, aproximándose a él, le dijo:

--Oye tú, alemán, ¿por qué has pegado a mi chico?

Boege echóse atrás, y mirándole de arriba a abajo despreciativamente, respondió mezclando al alemán el polaco:

--Porque sois todos unos canallas.

--¿Por qué has pegado al chico?

--Y haré lo mismo contigo si se me antoja, bruto polaco. Ahora ya os haremos ver quién es aquí el amo. Anda y quéjate de mí a la autoridad, y ya verás lo que logras. ¡Vaya, vete al diablo, animal!

--¿Sabes tú quien soy yo? ¿Sabes tú que por vencer a los franceses el mismo general en jefe Steinmetz me condecoró con su propia mano? Dime, ¿por qué has pegado al muchacho, cochino alemán?

Los ojos de pescado del pedagogo saltaron de sus órbitas; como era hombre forzado, decidió de una vez, empleando sus armas naturales, deshacerse del importuno: levantó la mano y descargó una tremenda bofetada en el rostro del héroe de Gravelotte y Sedán. Este, fuera de sí, arrojóse sobre Boege, cuya cabeza estremejóse de uno a otro lado con atteradora rapidez entre las manos de Bartek, el cual volvió a sentirse el exterminador de turcos y suavos...

ENRIQUE SIENKIEWICZ

La razón suprema

La humanidad sabrá ya por experiencia (y qué experiencia!) que no hay más que una clase de naciones cultas, ya sean individualistas o ya dejen de serlo, a saber: las naciones rectas, justas, nobles, respetuosas del ajeno derecho; sabrá asimismo, que la especie no se perfecciona si no se perfeccionan las almas, y que (aun considerando en principio excelentes) son infinitamente despreciables la «organización», la «disciplina social» y otras zarandajas, si al llegar a su pleno desarrollo sólo han de servir para arrasar pueblos, incendiar catedrales y universidades, mutilar niños, violar doncellas, asfixiar soldados con gases moféticos, saquear palacios, echar a pique buques indefensos, imponer a ciudades exhaustas brutales tributos de

guerra, etc., etc., y todo ello con un fin no menos alto que el que pueda tener un enjambre de abejas al asaltar y destruir otro enjambre, y un hormiguero, al asaltar y destruir otro hormiguero, en el concepto de que los hormigueros y los enjambres obedecen a «sistemas de ordenación» como los tudescos, y si no se llaman *panformicistas* o *panapisicistas* es porque no tienen un lenguaje como el nuestro...

Si esa fuera la civilización, yo, el más pequeño de los filósofos, tendría a mucha honra renegar de ella y preferir el antiguo taparrabo azteca, las plumas y la paz augusta de mis selvas vírgenes, donde la brutalidad es más noble delante de la naturaleza; y de Dios, sin necesidad de haber leído a Kant, a Fichte, a Schelling, a Schopenhauer y a Nietzsche... ¡(Que Dios nos guarde de las brutalidades que pasan por la universidad, y de las «tonterías adulteradas por el estudio», que dijo el otro!...)

¡Haga, pues, el destino que este cauterio de la llaga deje una cicatriz indeleble en la especie, para que nunca más la *razón suprema* sean los morteros de 12 o los gases asfixiantes; para que la *suprema ratio* sea el amor entre los hombres, del cual el mundo tiene hambre y sed hace tantos siglos.

AMADO NERVO

Burla burlando

Al cerrar la edición nos comunica una persona bien informada que la caída de Pinaud obedeció al empeño que tenía de sacar la ficha antropométrica del joven mandatario.

Parece que este joven teme que lo reconozcan el nueve de mayo de 1918.

Por algo será.

También entendemos que tenía el propósito de sacar la ficha de Arias.

Mala ficha tiene que ser esa.

Otros piensan que asimismo intentaba tomar la del doctor Hernández.

Esta, como se ve, es ficha nueva.

Para mujeres Heredia, vida de mi corazón, para viejas Alajuela y para fichas Pinaud.

Dinero que se llevó el agua

Ya hace algunos días que el licenciado don Máximo Fernández Alvarado trabaja por conseguir una fuerte suma de dinero de manos de un rico empresario norteamericano servicio por el cual ha ofrecido, en caso de triunfo, el monopolio de las fuerzas hidráulicas en toda la extensión de la República.

Hasta el agua pretenden quitarnos.

La caída del coronel Pinaud

José María Pinaud ha caído. La única razón que nos da la prensa diaria es que el señor Comandante de la Segunda Sección de Policía estaba lejos de las simpatías presidenciales. Por lo demás nos aseguran que nunca un jefe de ese cuerpo se interesó por servir su encargo con dedicación igual o con resultados parecidos.

Pero Costa Rica es hoy por hoy el patio de la casa del caprichoso niño, y los funcionarios que se adiestran de su simpatía son arrojados aunque para sustituirlos no haya persona idónea.

Pinaud había organizado un cuerpo de policía de investigación, hasta donde es po-

sible en este medio exiguo conforme a las reglas científicas más modernas.

La utilidad de ese cuerpo bien la conoce nuestra sociedad que veía todos los días prender un criminal.

Ahora mismo, en los momentos en que las iras oficiales se desataban contra él, descubría un robo de mucha significación que perjudicaría a la compañía ferroviaria del Atlántico.

Pero la labor del coronel Pinaud no termina allí. Habíase propuesto educar a la policía a sus órdenes en el sentido de que atendieran al público como verdaderos servidores y no con humos de amo según ha sido uso siempre. La policía de Pinaud es conciliadora, resuelve en la misma calle los incidentes sin importancia que se presentan, con equidad, con justicia. Era muy de notar el comportamiento de los policiales de la Segunda, tan comedido, tan razonable, tan diferentes de aquellos otros de Ricardo Monge, burdos como el jefe, serviles como el jefe, arbitrarios como el jefe.

Pero así le agradan al joven mandatario. El Gabinete Antropométrico que había establecido el coronel Pinaud era una institución de verdadero mérito y utilidad; servía para identificar criminales y hacerlos prender rápidamente. Ahora el país pierde eso, y la sociedad tiene menos garantías.

Pero que le vamos a hacer, el joven mandatario lo quiso.

No hay más que decir.

Y menos mal que el sustituto ha sido el Coronel don Aristides Jimenez, caballero a toda prueba que imprimirá a sus subalternos el sello de su carácter austero, de apacible indole en los términos del decoro.

BIBLIOTECA MARDEN

¡SIEMPRE ADELANTE!, es una colección de anécdotas y ejemplos que encaminan la voluntad del joven hacia el ideal de la vida intensa.

ABRIRSE PASO, es la confirmación demostrada del criterio sustentado en el primer volumen, llevando a continuación el estudio sobre LA FUERZA DE VOLUNTAD.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, enseña cuanto influye en el bienestar y en la dicha humana la autosugestión, y el dominio de la voluntad, siendo ampliado con el folleto LOS ATRACTIVOS PERSONALES.

LA INICIACIÓN EN LOS NEGOCIOS, es la guía y consejo del joven que emprende la senda de la vida de acción y necesita luchar.

LA ALEGRIA DEL VIVIR, es el libro de la vida placida y feliz. La realización del ideal de bienestar y reposo. El descanso mental después de la lucha. Estos libros no sustentan principios que combatan ninguna idea política ni religiosa.

Cada tomo encuadernado ₡ 3.00.

BIBLIOTECA DE CULTURA Y CIVISMO

EL PERFECTO CIUDADANO, 2.^a edición del hermoso libro escrito por Miguel Parera, con un prólogo del Excmo. señor don Eduardo Sanz y Escartín. Declarado de utilidad para la enseñanza por el Consejo de Instrucción Pública, R. O. del 10 de Marzo de 1915.

EL AMA DE CASA, por Federico Climent y Terrer. Libro imprescindible para toda mujer amante del orden y prestigio de su hogar. Necesario para las jóvenes futuras amas de casa.

MANUAL DE ARTE DECORATIVO, por José Blanco Coris, Profesor de término en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Libro indispensable a cuantos se ocupan de las artes decorativas y de las Industrias de Arte aplicada a la decoración. Volumen primero.

LAS ENSEÑANZAS DEL QUIJOTE, por Federico Climent y Terrer. De gran utilidad para la juventud estudiosa.

Cada tomo, empastado ₡ 2.40.

Librería falcó & Borrásé

El pasado y el porvenir de la Humanidad, por C. Darwin.....	1.35	LOS GRANDES INVENTOS	FRANCE (ANATOLE)	
Ciencia y materialismo, por C. Letourneau.....	1.35	VOLUMEN I: El termómetro.—La porcelana y el barro.—El reloj.—La aviación.—Los aerostatos (con 101 grabados).....	1.35	<i>Jocasta y el gato flaco</i>
La superioridad mental de los animales, por Carlos Wogt, 2 tomos, (ilustrada).....	2.70	VOLUMEN II: La electricidad.—El telégrafo eléctrico.—El teléfono.—La telegrafía sin hilos, (con 76 grabados).....	1.35	<i>El pozo de Santa Clara</i>
Precursores y descendientes, por C. Darwin.....	1.35	VOLUMEN III: La telefonía sin hilos.—La telemecánica sin hilos.— Los rayos X.— Transmisión y visión de imágenes a distancia, (75 grabados).....	1.35	<i>El olmo del paseo</i>
Ética sexual, por el Dr. Augusto Forel.....	0.70	LITERATURA, a € 0.35 tomo		<i>El manigü de mimbre</i>
La Doctrina de la Generación espontánea, por Victor Delfino. Un magnífico volumen ilustrado con profusión de fotografía.....	1.35	DOYLE: Watter Smith (Memorias de un detective), 2 tomos.— La justicia humana.— Amante y policía.....		<i>Crainguerville</i>
El Catolicismo en sus luchas con el Estado, por Donato Luben, 2 tomos.....	1.40	FEVAL: Un drama en Bretaña, 2 tomos.....		<i>El figón de la reina Patoja</i>
De frente al ateísmo, por L. Arreat.....	0.70	HAYES: Perdidos en los hielos, 2 tomos.....		<i>La camisa</i>
Los venenos de la inteligencia. (<i>La escuela en la lucha antialcohólica</i>), por C. Richet y V. Delfino.....	0.70	MONTEPIN: La predicción.—El castillo de Rahón.— Muerta en vida.— La salpetrière.— El secreto de Nazarine.— El médico de la aldea.— Amores criminales.— El príncipe de Castel-Vivant.— René la envenenadora.— La justicia de Dios.....		<i>Baltasar</i>
El nuevo Dios, por el Barón d'Holbach.....	0.70	CERVANTES (MIGUEL DE)		<i>Los dioses tienen sed</i>
La ciencia de las religiones, por Emilio Bur-nouff, (2 tomos).....	1.40	<i>Don Quijote de la Mancha</i> , pasta....	€ 2.25	<i>El crimen de un académico</i>
La impiedad triunfante, por L. Ferry.....	0.70	<i>Entremeses</i>	2.00	<i>Abeja</i> (cuento infantil), pasta.....
La ciencia y la conciencia, por C. Vacherot	0.70	<i>Novelas ejemplares</i>	1.25	<i>Juan Seruien</i>
El convento desenmascarado, E. O'Gorman.....	0.70	<i>Obras menores</i> , 2 tomos.....	0.70	<i>El jardín de Epicuro</i> , pasta.....
El arte de ser feliz, por Mantegazza.....	0.70	GÓMEZ CARRILLO (ENRIQUE)		MARTINEZ RUIZ (JOSÉ) «Azorín»
Laoconte, por Lessing.....	0.65	<i>Cultos profanos</i> , pasta.....	2.00	<i>Clásicos y Modernos</i>
Canción de primavera, por Maturana.....	0.65	<i>Páginas escogidas</i> , pasta.....	2.00	<i>Al margen de los clásicos</i>
El mundo nuevo, por Luisa Michel.....	0.65	<i>Literatura extranjera</i> , pasta.....	2.00	<i>Los valores literarios</i>
Hacia la universidad futura, por Nelson.....	0.65	MARTINEZ SIERRA (G.)		<i>Los pueblos</i>
La Semana Santa en Sevilla, por E. Noel.....	2.25	<i>Aldea ilusoria</i>	1.60	<i>El licenciado Vidriera</i>
Ensayos de historia política y diplomática, por Angel César Rivas.....	2.40	<i>Abril melancólico</i>	2.10	<i>Un discurso de La Cierva</i>
BUCHNER (LUIS)		<i>El diablo se ríe</i>	2.10	<i>Un pueblecito</i>
La vida psíquica de las bestias.....	2.25	RUSKIN (JUAN)		<i>Las confesiones de un pequeño filósofo</i>
El hombre ante la ciencia.....	0.65	<i>Estudios sociales</i>	1.50	<i>Antonio Azorín</i>
Fuerza y materia.....	0.65	<i>Munera Pulveris</i>	1.50	<i>La voluntad</i>
Luz y vida.....	0.65	<i>Los pintores modernos</i>	0.65	<i>Obras galantes</i> , Varios.....
Ciencia y naturaleza.....	0.65	<i>La corona de olivo silvestre</i>	0.65	<i>Vida de las casadas y de las cortesanas</i> , Aretino.....
HÄCKEL (ERNESTO)		<i>Las mañanas de Florencia</i>	0.65	<i>La tentación de San Antonio</i> , Flaubert.....
Historia de la creación de los seres, 2 tms.....	4.50	<i>Las piedras de Venecia</i> , 2 tomos.....	1.30	<i>Memorias del Regente Heredia</i> , divididas en cuatro épocas; Monteverde, Bolívar, Boves, Morillo, por J. F. Heredia.....
Los enigmas del universo, 2 tomos.....	1.30	ZAMACOIS (EDUARDO)		<i>Memorias de un oficial de la Legión Británica</i> — Campañas y cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana, por Luis de Terán, tradtor.....
Las maravillas de la vida, 2 tomos.....	1.30	<i>El seductor</i>	1.25	<i>El socialismo y el conflicto europeo</i> , A. Fabra Rivas.....
DRAPER		<i>Sobre el abismo</i>	1.25	<i>Orlando furioso</i> , Ariosto, pasta.....
Conflictos entre la religión y la ciencia.....	0.65	<i>Punto negro</i>	1.25	<i>Cuentos amorosos y patrióticos</i> , Daudet.....
Historia del desarrollo intelectual de Europa.....	2.00	DICENTA (JOAQUÍN)		<i>Prometeo</i> , Ramón Pérez de Ayala.....
HEINE		<i>Novelas</i>	2.00	<i>Confidencias de artistas</i> , Carmen Burgos
De la Alemania, 2 tomos.....	1.30	<i>Spoliarium</i>	1.75	<i>El Paño Pardo</i> , J. Ortega Munilla.....
Italia.....	0.65	<i>De piedra a piedra</i>	1.50	<i>La novela de las horas y de los días</i> , M. Ugarte, pasta.....
NORDAU (MARX)		<i>Por Bretaña</i>	1.50	<i>El Cerdo: Explotación y aprovechamiento</i> por M. Escandón y Utilísima obra industrial y comercial.....
Las mentiras convencionales de la civilización, 2 tomos.....	1.30	<i>Rebelión</i>	0.75	<i>Balada</i> , R. Sánchez Diaz.....
La comedia del sentimiento.....	0.65	<i>Cosas mías</i>	0.35	<i>Juan de Keden</i> , por J. Schultz.....
ZOZAYA (ANTONIO)		<i>El pasaporte amarillo</i>	0.25	<i>De un mundo a otro</i> , Alberto Insúa.....
El libro del saber doliente.....	0.65	<i>Entre narajos</i>	0.25	<i>Las ciencias naturales</i> , Odon de Buen, 5 tomos pasta.....
Por los cauces serenos.....	0.65	<i>Luna Benamor</i>	2.25	<i>Tierra libre</i> , por Juan Grave, pasta.....
PROUDHON (P. J.)		<i>En el país del arle</i>	1.00	<i>Primeras edades de la Humanidad</i> , G. Engerrand, pasta.....
La única salvación.....	0.70	<i>Cuentos valencianos</i>	0.65	<i>La subterránea universal</i> , Albert Bloch y Paraf Javal, pasta.....
El Estado.—La dignidad personal.....	0.65	<i>Las vírgenes locas</i>	0.15	<i>Astronomía popular</i> , Camilo Flammarion
La educación.—El trabajo.....	0.65	MIRÓ (GABRIEL)		<i>Cuestiones obreras</i> , Rafael Altamira.....
Manual de carpintería moderna, por F. T. Hogdson, traducción directa del inglés por Amadeo Domenech Torres, Arquitecto, ilustrado con 600 grabados. Un tomo ricamente encuadernado.....	4.50	<i>Figuras de la Pasión del Señor</i>	2.75	<i>Noches Fantásticas</i> , 2 t. por R. L. Stevenson.....
Cómo se hacen los jabones. (Tratado práctico de jabonería moderna), con numerosas fórmulas, por Isaac J. Brocá, químico.....	2.25	<i>Dentro del cercado</i> , pasta, ilustrado.....	2.25	<i>Emigración</i> , por Alfonso de Vienne.....
Cómo se hacen las bujías estearicas, palmíticas, etc., por Isaac J. Brocá, químico.....	2.25	<i>El abuelo del rey</i>	2.00	BLASCO IBAÑEZ (VICENTE)
		<i>Del huerto provinciano</i> , pasta.....	0.75	<i>Los cuatro finetes del Apocalipsis</i>
		<i>Las cerezas del cementerio</i> , pasta.....	0.75	<i>Oriente</i>
		<i>El sueño del Papa</i> , V. Hugo.....	0.65	<i>Flor de Mayo</i>
		<i>William Shakespeare</i> , V. Hugo.....	0.65	<i>Entre narajos</i>
		<i>El tesoro de los humildes</i> , Maeterlinck.....	0.65	<i>Luna Benamor</i>
		<i>Ariel</i> , José Enrique Rodó.....	0.65	<i>En el país del arle</i>
		<i>Reflexiones de un paseante solitario</i> , Rousseau.....	0.65	<i>Cuentos valencianos</i>
		<i>Tabaré</i> , José Zorrilla de San Martín.....	1.30	<i>Las vírgenes locas</i>
		<i>Los diez indiscretos</i> , Diderot.....	0.65	DIDE (AGUSTO)
		<i>Obras filosóficas</i> , Diderot.....	0.65	<i>El fin de las religiones</i>
		<i>Historia de las ideas morales</i> , Gille.....	0.65	<i>Miguel Servet y Calvino</i>
				<i>La leyenda Cristiana</i>
				<i>San Jacobo Rousseau</i>
				TOLSTOY (LEÓN)
				<i>Kolstomero</i>
				<i>El cadáver viviente</i>
				<i>El cupón falso</i>
				<i>La verdadera vida</i>
				<i>La escuela Yasnaia-Poliana</i>
				BENAVENTE (JACINTO)
				<i>Figulinas</i>
				<i>La noche del sábado</i>
				<i>El dragón de fuego</i> , pasta.....